

á la Rusia desempeñar esos deberes con prudencia. Ha asistido con generosidad á la Suecia, amenazada del hambre, y negado á otras potencias la facultad de comprar trigo en Livonia, porque para sí misma le necesitaba, y sin duda también por poderosas razones de política.

§ 10. No tiene pues la nación sino un derecho imperfecto á los oficios de la humanidad; no puede forzar á otra á que se los preste. La que sin razon se los negare peca contra la equidad, que consiste en obrar con arreglo al derecho imperfecto de los demas; pero no la agravia, pues el agravio ó la injusticia es lo que ofende el derecho perfecto de los demas.

§ 11. Es imposible que las naciones desempeñen esos deberes recíprocos suyos, si no se amaren unas á otras. De esa fuente pura los oficios de la humanidad deben proceder; así conservaran el carácter y perfeccion correspondientes. Entónces se verá á las naciones ayudarse mutuamente con sinceridad y franqueza, trabajar con empeño en su felicidad comun, cultivar la paz sin zelos ni desconfianza.

§ 12. Veráse reynar entre ellas una verdadera amistad. Este feliz estado consiste en un afecto mutuo. Toda nacion está obligada á cultivar la amistad de las demas, y á evitar cuidadosamente cuanto con ellas la puede enemistar. El interes presente y directo invita á ello con frecuencia á las naciones sabias y prudentes; un interes mas noble, mas general y ménos directo, es rara vez el motivo de los políticos. Si es incontestable que los hombres deben amarse recíprocamente para corresponder á las miras de la naturaleza y llenar los deberes que ella les impone, no ménos que para utilidad suya, ¿se puede dudar de que las naciones tengan entre sí una igual obligacion? ¿Está al arbitrio de los hombres el romper, cuando en diferentes cuerpos políticos se reunen, los lazos de la sociedad universal que entre ellos la naturaleza estableció?

§ 13. Si un hombre debe ponerse en estado de ser útil á los demas hombres, un ciudadano, en estado de servir útilmente á su patria y á sus conciudadanos; debe tambien una nacion, perfeccionándose

á sí misma, proponerse el hacerse así mas capaz de adelantar la perfeccion y la felicidad de los demas pueblos. Debe cuidar de darles buenos exemplos, y de no presentarles ninguno malo. La imitacion es comun entre los hombres : algunas veces las virtudes de una nacion célebre, mas veces los vicios y caprichos, son imitados.

§ 14. Pues que la gloria es un bien precioso para una nacion, como en capítulo expreso (a) lo hemos manifestado, la obligacion de un pueblo se extiende hasta cuidar de la gloria de los demas. Debe, en primer lugar, contribuir cuando llegue la ocasion, á ponerlos en estado de merecer una verdadera gloria; en segundo lugar, hacerles en esa parte toda la justicia que les es debida, y procurar que todo el mundo se la haga, en cuanto de él dependiere; en fin, debiera templar caritativamente, léjos de envenenarle, el mal efecto que puedan producir algunas faltas leves.

§ 15. Por el modo con que hemos es-

(a) Lib. I, cap. XV.

tablecido la obligacion de prestar los oficios de humanidad, se ve que únicamente sobre la cualidad de hombre está fundada. Ninguna nacion pues puede negárselos á otra, so pretexto de que esta profese una religion diferente. Ser hombre basta para merecerlos. La uniformidad de creencia y de culto puede ciertamente ser un nuevo lazo de amistad entre los pueblos; pero la diferencia en ese punto no debe despojar á un hombre de la cualidad de tal, ni de los sentimientos que le son anexos. Hemos referido ya (§ 5) algunos exemplos dignos de ser imitados : hagamos aquí justicia al pontífice que hoy dia ocupa la silla de Roma (1), que acaba de dar un exemplo notable y muy loable. Sabedor este príncipe de que habia en Civita-Vechia muchos buques holandeses que por temor de los corsarios argelinos no osaban hacerse á la vela, mandó á las fragatas del estado Eclesiástico convoyasen á esos buques; y su nuncio en Brusélas recibió la orden de declarar

(1) Es menester no olvidar nunca que el autor ha escrito ántes del año de 1758.

á los ministros de los estados generales que su santidad se imponia la ley de proteger el comercio y cumplir con los deberes de humanidad, sin detenerse en la diferencia de religion. Tan nobles sentimientos no pueden ménos de conciliar á Benedicto XIV aun la veneracion de los protestantes.

§ 16. ¿Cuál no seria la felicidad del género humano, si esos amables preceptos de la naturaleza observados por todas partes fuesen! Las naciones se comunicarian sus bienes y sus luces; una paz profunda reynaria sobre la tierra, y la enriqueceria con sus frutos preciosos; la industria, las ciencias y las artes, no ménos que de nuestras necesidades, de nuestra dicha se ocuparían. No se recurriría ya á medios violentos para decidir las cuestiones que pudieran suscitarse; serian terminadas por la moderacion, la justicia y la equidad. El mundo presentaria el aspecto de una gran república; en todas partes los hombres vivirían como hermanos, y cada cual seria ciudadano del universo. ¿Porqué esta idea no es sino una agradable ilusion? No obstante ella se deriva de la naturaleza y de la esen-

cia del hombre (a). Pero las pasiones desatregladas, el interes individual mal entendido, no permitiran jamas el verla realizada. Veamos pues qué limitaciones el estado actual de los hombres, y las máximas y conducta ordinaria de las naciones pueden imponer á la práctica de esos preceptos de la naturaleza, tan admirables en sí mismos.

La naturaleza no puede condenar á los buenos á ser juguete de los malos, y víctimas de la injusticia é ingratitud de estos.

(a) Apoyémonos tambien aquí en la autoridad de Ciceron: « Todos los hombres, dice este gran filósofo, deben proponerse constantemente el hacer concurrir la utilidad particular con la utilidad comun. El que se lo quiere apropiarse todo, rompe y disuelve la sociedad humana. Y, si la naturaleza nos prescribe el desear el bien de todo hombre, sea quien fuere, por la única razon de ser hombre, es indispensablemente preciso, segun esa misma naturaleza, que la utilidad de todos los hombres sea comun. *Ergo unum debet esse omnibus propositum, ut eadem sit utilitas unius cujusque et universorum: quam si ad se quisque rapiat, dissolvetur omnis humana consortio. Atque si etiam hoc natura præscribit, ut homo homini, quicumque sit, ob eam ipsam causam, quod is homo sit, consultum velit, necesse est secundum eandem naturam omnium utilitatem esse communem.* De Offic., lib. III, cap. VI.

Una funesta experiencia nos manifiesta que la mayor parte de las naciones no tienden sino á fortalecerse y enriquecerse á costa de las demas, á dominarlas y aun oprimirlas, á subyugarlas en fin, si la ocasion se presentare. La prudencia no nos permite el fortalecer á un enemigo, ó á un hombre, en quien descubramos el deseo de despojarnos y de oprimirnos; y el deber de nuestra propia seguridad nos lo prohíbe. Hemos visto (§§ 3 y sig.) que una nacion no debe á las demas su asistencia y todos los oficios de humanidad sino en cuanto, sin faltar á sus deberes para consigo misma los pueda prestar. De aí se sigue claramente que, si el amor universal del género humano la obliga á prestar en todo tiempo y á todos, aun á sus enemigos, los oficios que no pueden tender sino á hacerlos mas moderados y mas virtuosos, porque de ellos ningun inconveniente debe rezelar; no por eso está obligada á darles socorros que probablemente viniesen á ser funestos á ella misma. Esa es la razon, 1º, por que la extrema importancia del comercio, no solo para la necesidad y las comodidades de la

vida, sino tambien para las fuerzas del estado, para procurarle los medios de defenderse contra sus enemigos, la insaciable avidez de las naciones que tratan de atraérsele todo entero, de apoderarse de él exclusivamente; esa es la razon, digo, por la que esas circunstancias autorizan á una nacion, dueña de un ramo de comercio, del secreto de alguna fábrica importante, á reservar para sí esos manantiales de riqueza, y á tomar medidas para que no pasen á los extrangeros, en vez de tratar de comunicárselas. Pero, si fueren cosas necesarias para la vida, ó importantes para sus comodidades, esta nacion debe venderlas á las demas á un precio justo, y no convertir su monopolio en vexacion odiosa. El comercio es la causa principal de la grandeza, del poder y de la seguridad de la Inglaterra; y ¿quién osará censurarla de que esta trabaje en conservar los diversos ramos de él en sus manos por todos los medios justos y decorosos?

2º, Por lo que toca á las cosas que directa y mas especialmente son útiles para la guerra, nada obliga á una nacion á par-

ticipárselas á las demas, por poco que le sean sospechosas; y aun se lo interdice la prudencia. Así las leyes romanas prohibian justamente comunicar á las naciones bárbaras el arte de construir galeras. Así las leyes de Inglaterra han tomado medidas para que la mejor construccion de buques no sea transmitida á los extrangeros.

La reserva debe ir mas léjos respecto de naciones mas justamente sospechosas. Así, cuando los Turcos estaban, por decirlo así, en su creciente, en el ardor de sus conquistas, todas las naciones cristianas, fuera de toda su santurronería, debian considerarlos como enemigos suyos; las mas lejanas, las que actualmente ninguna cuestion tuvieran con ellos, podian romper toda relacion con una potencia que hacia profesion de someter por la fuerza de las armas á cuanto no reconociese la autoridad de su profeta.

§ 17. Hagamos todavía respecto del príncipe en particular, la observacion de que no puede seguir en esto sin reserva todos los movimientos de un corazon magnánimo y desinteresado, que sacrifica sus intereses

á la utilidad agena ó á la generosidad; porque no se trata de su interes propio, sino del interes del estado, del interes de la nacion que ha sido á su cuidado confiada. Ciceron dice que un alma grande y elevada desprecia los placeres, la riqueza, y aun la vida, y no les da valor alguno, cuando de la utilidad pública se trata (a); tiene razon, y tales sentimientos son dignos de admiracion en un individuo. Pero la generosidad no se ejerce á costa agena. El director de la nacion no debe hacer uso de ella, en los negocios públicos sino con moderacion, y en cuanto redunde en gloria y utilidad nacional bien entendida. En cuanto al bien comun de la sociedad humana, debe guardar las mismas consideraciones á que la nacion por él representada estaria obligada, si por sí misma sus negocios dirigiese.

§ 18. Pero, si los deberes de una nacion acia sí misma ponen límites á la obligacion de prestar los oficios de humanidad, no pueden poner ninguno á la prohibicion de

(a) *De Offic.*, lib. III, cap. V.

agraviar á las demas, de causarles perjuicio, en una palabra, de hacerles lesion (aa). Dañar, ofender, hacer agravio, causar perdida, perjuicio, lastimar, no dicen precisamente lo mismo. Hacer lesion á álguien, es en general procurar su imperfeccion ó la de su estado, hacer que su persona ó su estado queden en mayor imperfeccion. Si todo hombre está obligado, por su naturaleza misma, á trabajar en la perfeccion de los demas, con mayor razon le está prohibido el contribuir á la imperfeccion de ellos y del estado que les concierne. Los mismos deberes á las naciones son impuestos (*Prelim.*, §§ 5 y 6). Así ninguna de ellas debe cometer acciones que tiendan á alterar la perfeccion de las demas, y la del estado que les concierne, ó retardar los progresos de ellas, es decir, hacerles lesion. Y, puesto que la perfeccion de una nacion consiste en su aptitud á obtener el fin de la sociedad civil y el de

(aa) No tenemos en nuestro idioma voz que corresponda á la de *leser* tomada en el sentido del autor, y me ha parecido deber substituir á ella la expresion de; *hacer lesion*. (Nota del traductor).

su estado, á no carecer de las cosas necesarias para ese mismo fin (*Lib. I*, § 14), á ninguna es permitido el impedir que otra pueda obtener el fin de la sociedad civil, ó hacerla incapaz de obtenerle. Este principio general interdice á las naciones todo manejo mal intencionado que tienda á causar disturbios en otro estado, á mantener la discordia, á corromper á los ciudadanos, á hacerle perder sus aliados, á suscitarle enemigos, á marchitar su gloria, ó á privarle de sus ventajas naturales.

Por lo demas, se concebirá fácilmente que la negligencia en llenar los deberes comunes de la humanidad, y aun la denegacion misma de esos deberes ú oficios no es una lesion. Descuidar, ó negarse á contribuir á la perfeccion, no es menoscabar esa perfeccion.

Es menester todavía hacer la observacion que, cuando hacemos uso de nuestro derecho, cuando hacemos lo que nos debemos á nosotros mismos ó lo que debemos á los demas, si resulta de nuestra accion algun perjuicio á la perfeccion agena, algun menoscabo á su estado externo, no somos culpables

de lesion. Nosotros hacemos lo que nos es permitido, y aun lo que debemos hacer; el mal que de ello resulta á otro, no proviene de nuestra intencion; es un accidente cuya imputabilidad debe ser determinada por las circunstancias particulares. En el caso, por exemplo, de una defensa legítima, el mal que hacemos al agresor, no es nuestro objeto; tratamos de salvarnos, usamos de nuestro derecho; y el agresor solo es el culpable del mal que se atrae.

§ 19. Nada mas opuesto á los deberes de la humanidad, ni mas contrario á la sociedad que por las naciones debe ser cultivada, que las *ofensas* ó acciones que á otra causan un justo desplacer. Toda nacion debe pues cuidadosamente abstenerse de ofender verdaderamente á otra; digo *verdaderamente*; pues, si aconteciere que álguien se ofenda de nuestra conducta, cuando no hacemos sino usar de nuestros derechos, ó cumplir con nuestros deberes, su falta es, no la nuestra. Las ofensas agrian tanto á las naciones, que se debe evitar el dar ocasion aun á ofensas infundadas, si sin inconveniente y sin faltar

á sus deberes hacerse pudiere. Unas pocas medallas y algunas pullas agriaron, se dice, á Luis XIV contra las Provincias Unidas hasta el grado de hacerle emprender, en 1672, la ruina de esa república.

§ 20. Las máximas establecidas en este capítulo, estos preceptos sagrados de la naturaleza, han sido por largo tiempo cosas desconocidas á las naciones. Los antiguos no se creían obligados á nada para con los pueblos que no les estaban unidos por medio de un tratado de amistad (*). Los Judios sobre todo colocaban una parte de su fervor en odiar á todas las naciones; y en consecuencia eran recíprocamente detestados y despreciados. En fin la voz de la naturaleza se hizo escuchar de los pueblos ci-

(*) Puede añadirse al exemplo de los Romanos el de los antiguos Ingleses, pues, con ocasion de un navegante acusado de haber cometido latrocinios en la India, dice Grocio, « que esa injusticia no carecia de defensores, que sostenian que por las leyes antiguas de Inglaterra no eran castigados en ese reyno los ultrages cometidos contra los extrangeros, cuando no habia alianza pública contraida con ellos ». *Hist. de los disturbios de los Países-Baxos*, lib XVI.

vilizados ; reconocieron estos que todos los hombres son hermanos (a) : ¿cuándo llegará el tiempo en que obren como tales?

(a) Vease arriba, § 1, un hermoso pasage de Ciceron.

CAPITULO II.

Del Comercio mutuo de las Naciones.

§ 21. Todos los hombres deben hallar sobre la tierra las cosas de que necesitan. Mientras la comunión primitiva duró, las cogian donde las hallaban, como no se hubiese ya apoderado de ellas otro para su uso. La introduccion del dominio y de la propiedad no ha podido privar á los hombres de un derecho esencial; y, por consiguiente, no puede existir sino dexándoles en general algun medio de procurarse lo que les es útil y necesario. Este medio es el-comercio : por él todo hombre puede todavía satisfacer sus necesidades. Habiéndose sujetado á propiedad las cosas, ya nadie puede sin consentimiento del propietario, apoderarse de ellas, ni comunmente obtenerlas de balde, pero se pueden comprar ó cambiar por otras cosas equivalentes.